

Debates sobre el ascenso de China: estrategias de desarrollo, régimen de acumulación e implicancias geoestratégicas.

Julián Bilmes.

Cita:

Julián Bilmes (2019). *Debates sobre el ascenso de China: estrategias de desarrollo, régimen de acumulación e implicancias geoestratégicas. XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-023/331>

Debates sobre el ascenso de China: estrategias de desarrollo, régimen de acumulación e implicancias geoestratégicas

Julián Bilmes (IdIHCS-UNLP-CONICET. juli.bilmes@hotmail.com)

XIII Jornadas de Sociología de la UBA. Buenos Aires, 26 al 30 de agosto de 2019

Eje 4: Poder, conflicto, cambio social

MESA 58: El mundo que viene en el siglo XXI: conflictos, soluciones, nuevos actores y movimientos sociales

Resumen. Se desarrolla en este trabajo un estudio sobre el sendero de desarrollo chino y las estrategias que lo guiaron, desde la revolución de 1949, las reformas promercado de 1978 y su consolidación en la actualidad como potencia económica mundial de primer orden, con perspectivas de disputar la hegemonía global occidental, o al menos de impulsar una reconfiguración del orden mundial. Se recupera el debate sobre este fenómeno y sobre la caracterización de su régimen de acumulación, en el seno de la intelectualidad crítica dependentista y del sistema-mundo. Por último, se presentan algunas implicancias geoestratégicas del ascenso chino para las relaciones internacionales y el sistema-mundo moderno, en tiempos de crisis integral y civilizatoria del orden mundial impuesto por el Occidente europeo y angloamericano, la cual ha dado lugar a una transición geopolítica mundial. Se concluye que estos debates juegan un papel fundamental para las proyecciones sobre el mundo que viene en este siglo XXI, la viabilidad y futuro de la humanidad, inclusive. Asimismo, el ascenso chino presenta importantes lecciones para estrategias de desarrollo soberano de otras naciones periféricas (y semi), en cuanto al rol del Estado y una diversidad de instrumentos y políticas, entre otras cuestiones.

Palabras clave. Ascenso chino – estrategias de desarrollo – régimen de acumulación – transición geopolítica mundial.

Introducción

Se desarrolla en el presente trabajo un estudio histórico sobre el sendero de desarrollo chino, desde la revolución de 1949 que instauro la República Popular China (RPC) bajo conducción del Partido Comunista de China (PCCh), hasta la actualidad, ante su consolidación como potencia económica mundial de primer orden, con perspectivas de disputar la hegemonía global occidental centrada en Estados Unidos (EUA) o al menos de impulsar una redefinición del orden mundial. Debido a la trascendencia y relevancia de este tema, numerosos intelectuales de diversas corrientes han investigado este proceso, presentando interpretaciones, análisis y proyecciones de distinto signo, con

caracterizaciones diversas sobre ese sendero de desarrollo, el régimen político y económico imperante en China, sus perspectivas, entre otras cuestiones. Este trabajo buscará reponer ese proceso histórico, a la par que dar cuenta de estos debates en el seno de la intelectualidad crítica dependentista y del sistema-mundo, principalmente.

El foco del trabajo se centrará en la estrategia de desarrollo desplegada por China: en primer lugar en la etapa liderada por Mao Tse-tung, hasta su muerte en 1976, y luego durante la etapa comandada por Deng Xiaoping que dio lugar al período abierto con las reformas de 1978 y sus rondas sucesivas, hasta la actualidad. Si bien es común la lectura de que el “milagro económico” chino se origina en las reformas de apertura y liberalización de la economía de 1978 (en especial por parte de analistas de cuño liberal o neoliberal), retomaremos aquí la perspectiva de autores como Arrighi, Amin y Meisner¹ acerca de que ello no puede dissociarse de los importantes logros durante la etapa maoísta de la revolución. Entrará en juego aquí, a su vez, el debate sobre la caracterización económico-social de China pos '78, bajo su pretensión de construir una “economía socialista de mercado”: si es capitalista, socialista, o qué nuevo modo híbrido de producción y acumulación.

Por último, buscaremos dar cuenta de las implicancias geoestratégicas del ascenso de China como potencia emergente para las relaciones internacionales y el sistema-mundo moderno. En tiempos de profunda crisis mundial (de la economía mundial capitalista, de la globalización neoliberal, del orden mundial impuesto por el Occidente europeo y angloamericano, de la sostenibilidad ecológica del actual modo de producción, principalmente), ello juega un papel fundamental para las proyecciones y prospectivas sobre el mundo que se viene en este siglo XXI, la viabilidad y futuro de la humanidad y el planeta mismo, inclusive.

Etapa maoísta de la revolución (1949-1976)

La toma del poder del Estado por parte de las fuerzas comunistas comandadas por Mao en 1949 se dio en un marco de crisis y descomposición de una civilización que hasta mediados de siglo XIX había sido un imponente imperio y centro económico euroasiático, a raíz de las “guerras del opio” en que es derrotada y subordinada por británicos y franceses. Con la caída del imperio en 1911 el territorio nacional se fragmentó fuertemente, para ser controlados los trozos resultantes por los denominados “señores de la guerra” y las estructuras del antiguo poder imperial. Japón había avanzado crecientemente, ocupando gran cantidad de ciudades luego de la ocupación de 1937. Esa situación generó las condiciones para que los comunistas pudieran articular la liberación social con la liberación

¹ Arrighi, Giovanni. *Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del siglo XXI*. Madrid: Akal. 2007; Amin, Samir. “China 2013”, *Monthly Review*, vol. 64, n° 10, marzo 2013; Meisner, Maurice. *La China de Mao y después: una historia de la República Popular*. Córdoba: Comunicarte. 2007.

nacional, concitando la adhesión de enormes masas empobrecidas en la lucha contra los japoneses, en primer lugar, y en la guerra civil contra las fuerzas nacionalistas burguesas del Kuomintang luego².

La revolución comandada por Mao logró unificar y modernizar el Estado nacional, recuperando la legitimidad del gobierno central. Fortalecimiento estatal que resulta crucial para comprender el éxito económico chino luego de 1978. Según Amin, dado el carácter antiimperialista y antifeudal de una revolución que caminaba hacia el socialismo, de acuerdo con los postulados del mismo Mao, uno de los principales logros fue la desarticulación de las élites terratenientes que habían constituido la clase dominante hasta entonces. Se impulsó una colectivización de la propiedad agraria de gran envergadura, ante una sociedad compuesta por un 90% de campesinos (en su gran mayoría pobres y sin tierra), sosteniendo -a diferencia de la experiencia de la Unión Soviética- la propiedad de la tierra en manos de la nación a través de las comunas rurales, concediendo su uso a las familias campesinas.

Desde principios de la década del '50 se impulsó un plan de desarrollo acelerado apostando a la industrialización, mediante el modelo soviético de planes quinquenales, con centralidad en la industria pesada. La agricultura debería aprovisionar a la industria naciente, por lo cual se canalizó el excedente agrario hacia determinados fines estratégicos en el marco del plan de desarrollo. En continuidad con el período previo a la revolución, el campo siguió representando la base de acción del PCCh conducido por Mao, foco de la industrialización (no fue hasta los años '80, luego de las reformas, que la población rural bajó del 80% del total, a raíz del proceso de urbanización creciente)³. Su arraigo y alianza con el campesinado pobre y medio se puede observar en el éxito del período de colectivización de la propiedad agraria, entre 1955 y 1957 (desde la rápida cooperativización realizada en los primeros años hacia la socialización): según datos provistos por Hobsbawm, 84% de los pequeños propietarios campesinos aceptaron pacíficamente la colectivización en menos de un año, sin las violentas consecuencias de la colectivización soviética.

En 1958 Mao lanza el “Gran Salto Adelante” (o segundo plan quinquenal) para apalancar el desarrollo industrial y reformar la agricultura, buscando potenciar la productividad de ambos sectores y llevar adelante una revolución social que erradicase el dinero y la propiedad privada de los medios de producción, mediante el modelo de Comunas Populares. El plan fracasó y terminó precozmente, en 1961, ante una enorme hambruna que dejó varias decenas de millones de muertos, producto tanto del clima (sequías e inundaciones) como de errores en las políticas gubernamentales (y/o de su implementación). Ello dio lugar a profundas discrepancias y divisiones dentro del PCCh, enfrentándose la línea maoísta con la liderada por Liu Shaochi y su ladero Deng Xiaoping, quienes se hicieron con la jefatura del Estado hacia 1960. El lustro siguiente, nominado por Meisner como una “reacción termidoriana”, dio cuenta de un brusco cambio de las políticas precedentes de corte

² Hobsbawm, Eric. *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica, 1998.

³ En la actualidad la población china se reparte en partes prácticamente iguales entre rural y urbana.

igualitarista, retomando el control centralizado de la burocracia estatal y partidaria, de carácter tecnocrática y profesionalizante. Habiendo quedado al frente del Partido, y abocado a la tarea de recobrar la adhesión de las masas en el Ejército y el pueblo en su conjunto, Mao fue sentando las bases para enfrentarse a la línea de Liu y Deng, hasta lanzar en 1966 la campaña de Revolución Cultural contra la burocracia e intelectualidad que en su mirada retrasaban la transformación social, bajo concepciones elitistas, tecnocráticas y “seguidoras del camino capitalista”. Este proceso fue de una gran agitación, movilización social y enfrentamiento en el seno de la sociedad y el partido.

No obstante lo anterior, la era maoísta dio cuenta de una gran recuperación económica de China, experimentando en particular en el período 1960-1976 una media de crecimiento económico *per cápita* impresionante -aunque menor que sus vecinos Japón y los 4 “tigres asiáticos” (Hong Kong, Singapur, Corea del Sur y Taiwán), en pleno auge. Para fines de esta etapa los logros en la lucha contra la pobreza y las condiciones miserables de vida del pueblo chino eran muy importantes, lo cual se puede observar en los siguientes indicadores que provee Hobsbawm: la esperanza de vida al nacer subió de 35 años en 1949 a 68 en 1982, a causa de un espectacular descenso del índice de mortalidad; la cantidad de niños escolarizados creció 6 veces, de un 50% del total en 1952 al 96% de 1976; el consumo medio de alimentos de la población superó a gran parte de los países del sur y sureste de Asia -con una población total que casi llegó a duplicarse en esos años, de 540 millones de personas a 950 millones aprox. Estos datos son categóricos, y dan cuenta de las importantes condiciones en que dejó a China la era maoísta para su fortísimo despegue económico posterior a las reformas del '78, en términos de capacidades industriales (con un núcleo significativo de industria pesada e incluso capacidades nucleares), condiciones de capacitación y calificación de la mano de obra (en términos de salud y educación), e incluso de capacidades tecnológicas (que en la etapa aperturista serían recombinadas por el Estado y el sector militar para impulsar el desarrollo explosivo de tecnologías de la información y la comunicación -TICs).

Hacia una “economía socialista de mercado” (1978-actualidad)

Luego de la muerte de Mao en 1976, el ala partidaria comandada ahora por Deng logró hacerse con el poder, implementando desde 1978 sucesivas reformas económicas que redefinieron la estrategia de desarrollo chino. Éstas se centrarían en el pasaje de una economía planificada y centralizada a una “economía socialista de mercado” (según el postulado de Deng, no existe vínculo necesario entre economía de mercado y capitalismo), una política de “puertas abiertas” para alentar la llegada de inversiones extranjeras y estrechar vínculos con el mundo capitalista, y una búsqueda por “liberar” las fuerzas productivas, priorizando especialmente su desarrollo.

Se asistía entonces a un declive general de todos los regímenes socialistas (en el marco de la crisis de acumulación a nivel mundial desde mediados de los años '70), en un contexto en que todos

los indicadores caían: PIB, producción industrial y agrícola, inversiones, productividad del trabajo, ingreso per cápita. De manera pragmática, Deng veía necesario realizar cambios radicales en la economía planificada y centralizada, concibiendo como central desarrollar la ciencia y la tecnología para alcanzar la modernización económico-social, con los conocimientos, la educación y el personal especializado necesarios para ello.

El tercer pleno del undécimo comité central del PCCh, en diciembre de 1978, dio el paso decisivo para la revaluación y desarme del legado maoísta. Se declaró el fin de la lucha de clases, priorizando la “modernización socialista”, se condenó públicamente la Revolución Cultural de la década previa, y se enjuició a la “Banda de los Cuatro” (colaboradores cercanos de Mao, entre ellos su esposa). Desde 1981 se dio impulso a la desmitificación de la figura de Mao, emulando la posición soviética comandada por Kruschev contraria al “culto a la personalidad” (en referencia a Stalin en la URSS). Por ello, Deng nunca ocupó los cargos superiores de presidente del partido o primer ministro del Estado sino que ejerció influencia “entre bastidores”. En 1983 se proclamó que su pensamiento representaría la guía para “construir un socialismo con características chinas”, lema oficial que sigue conservando vigencia para la autodenominación del carácter y horizonte de ese proyecto político⁴.

Todo ello sucedía en el marco del ascenso del Este asiático, dado el extraordinario crecimiento de Japón y los 4 “tigres” (y más adelante también la misma China). Según Wallerstein⁵, ello se explica por dos grandes factores: por un lado, una fase B de Kondratieff desde 1967-1973, esto es, un ritmo cíclico del sistema capitalista en que los beneficios derivados de la producción tienden a descender, y los grandes capitalistas tienden a desplazar sus actividades lucrativas al terreno financiero, y a la par, deslocalizar la producción hacia territorios con menores costos de mano de obra e impositivos. Los países de Asia oriental fueron los únicos beneficiados de la reestructuración geográfica de esta fase B Kondratieff, ante un empeoramiento económico general para todo el resto de las regiones de la economía-mundo. Este marco económico general, que abre las condiciones para el declive de la hegemonía estadounidense, se articula con la variable geopolítica, dado que América Latina bien podría haber resultado también la ganadora de esta reestructuración geográfica del proceso de acumulación global. No obstante, en el marco de la Guerra Fría, consolidar el control económico y estratégico sobre el Este asiático se entroncaba en la estrategia estadounidense de contención del avance del comunismo (que gobernaba dos de los países más poblados y extensos del mundo: la URSS y China -aunque sus dirigencias tuvieran grandes diferencias estratégicas). Como afirma Arrighi, desde la Segunda Guerra Mundial, los pujantes Japón, Corea del Sur y Taiwán han sido vasallos de EUA, mientras que Hong Kong y Singapur son meras ciudades-Estado.

⁴ Bailey, Paul. *China en el siglo XX*. Madrid: Ariel. 2002.

⁵ Wallerstein, Immanuel. “El ascenso de Asia Oriental, o el sistema del tercer mundo en el siglo XXI”, en *Conocer el Mundo, Saber el Mundo. El fin de lo aprendido. Una ciencia social para el siglo XXI*. México: Siglo XXI. 2001.

Esta reestructuración de la economía mundial capitalista se produjo en el marco de importantes transformaciones del gran capital, mediante la transnacionalización de los procesos productivos y la globalización económica y financiera, definiendo una nueva división internacional del trabajo. Se asistía ya a un salto de una fracción del capital financiero, desde la forma y escala multinacional hacia la transnacional, apalancado ello por la tercera revolución industrial de ese entonces, centrada en las TICs. Lo cual se corresponde, según Arrighi, con la necesidad de encontrar un nuevo “recipiente” o “contenedor” territorial para la lógica de acumulación sin fin del capitalismo histórico, de mayor escala y magnitud, en pos de encauzar y contener el proceso de acumulación. Es así que la deslocalización de las grandes empresas transnacionales (ETN's) desde sus países de origen (en especial EUA), en pos de revertir la fuerte caída de la tasa de ganancia, encontró condiciones excepcionales con la creciente apertura de las economías de China e India, dadas sus enormes proporciones demográficas, lo cual duplicó la oferta de mano de obra (barata) a disposición de un capital liberado en forma creciente a las trabas para su movilidad geográfica.

Según la visión de las élites dirigentes chinas de ese entonces, hasta tanto el desarrollo de las fuerzas productivas no unificara y articulara técnicamente el conjunto del sistema industrial, por más que la propiedad de los medios de producción fuera estatal el intercambio tendrá un carácter mercantil, debiendo regirse por la ley del valor y siendo imposible regularlo centralmente. Por ello, lo central de la reforma no era privatizar las empresas públicas (lo cual se hizo durante los años '90 pero parcialmente y de modo mucho más controlado que en la URSS, por caso), sino obligarlas a competir en mercados progresivamente desregulados. El Estado conservó la propiedad en sectores estratégicos de la industria, y aseguró su control sobre la economía a través de la conservación del 85% del capital bancario y el monopolio de la propiedad de la tierra, las telecomunicaciones y el transporte, a la par que se efectuaba una liberalización creciente y se autorizaba la constitución de empresas privadas. Emulando parámetros occidentales sobre el “correcto” funcionamiento de una economía de mercado, sucesivas reformas avanzaron durante los '80 y los '90 con el proceso de desregulación y liberalización de la economía, ingresando incluso en 2001 a la Organización Mundial del Comercio.

Este proceso dio lugar a la constitución de múltiples formas empresariales: municipales y de aldea, cooperativas, mixtas (público-privadas), sociedades privadas y empresas individuales. Mediante una política de “puertas abiertas” que buscaba estrechar vínculos con el mundo capitalista, se autorizó y atrajo inversión extranjera directa (IED) en las áreas en que se requería *know-how* específico, impulsándose *joint-ventures* con empresas de capital local, buscando que se efectuara transferencia tecnológica y la realización local de las tareas de I+D (Investigación y Desarrollo). Desde 1980 se constituyeron las denominadas Zonas Económicas Especiales en las ciudades de la costa sudeste (antiguos puertos de la economía imperial, próximos a Japón y los 4 “tigres”, nuevo polo dinámico de acumulación), concebidas como regiones orientadas al procesamiento de mercancías para la

exportación, utilizando capital y tecnología extranjera. Ya en 1984 eran 14 las ciudades de este tipo. Apostando fuertemente allí al desarrollo de industrias intensivas en conocimiento, algunas de esas ciudades se han transformado en focos de investigación de alta tecnología.

Para atraer IED se efectuaron ciertas concesiones como baja carga impositiva y disponibilidad de mano de obra barata. Un rol central jugó en ello el capital de la diáspora china de ultramar, seducido por Deng para abrir China al comercio y la inversión extranjera, en la búsqueda también de recobrar Hong Kong, Macao y, eventualmente, Taiwán. Sin embargo, en qué áreas y bajo qué modalidades se ha llevado a cabo la apertura al capital extranjero es definido en sucesivos planes estatales de planificación del desarrollo. Se ha buscado proteger las ventajas de una economía nacional autocentrada, informalmente protegida por el lenguaje, aduanas, instituciones y redes accesibles a personas extranjeras sólo a través de intermediarios locales. A la par, ya desde 1979 se restablecieron relaciones plenas con EUA, comenzaron a aceptarse créditos directos y ayudas al desarrollo por parte del Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial⁶, a los cuales ingresó por esos años.

Por otro lado, el mayor impacto de las reformas se dio en el agro, con la descolectivización. Mediante un sistema de “responsabilidad familiar”, la familia campesina individual pasó a constituir la unidad de producción en lugar de la anterior figura comunal del equipo de producción. Aquélla pasó a tomar todas las decisiones concernientes a producción e inversión, y luego de cumplir con las obligaciones para con el Estado (crecientemente disminuidas) podían disponer de sus cosechas para comercializarlas en un naciente mercado libre rural. Se asignaron también pautas de cultivo más libres, y las tierras empezaron a poder ser transferidas (en forma análoga a una herencia) a otros miembros de la familia en lugar de devolverlas al Estado. También se aprobó la formación de “familias especializadas” que brindaran servicios rurales como el arriendo de tierras. Todo ello dio lugar a un aumento generalizado de la renta agraria, el surgimiento de desigualdades crecientes entre regiones, y el desmantelamiento de la Comuna y los servicios de bienestar colectivos asociadas a ésta última.

Con la nueva ronda de desregulaciones de 1984, los agricultores pudieron trabajar en ciudades cercanas en las emergentes Empresas de Pueblos y Aldeas, de propiedad colectiva (TVE por sus siglas en inglés). Éstas comenzaron a jugar un importante rol, bajo su orientación de mano de obra intensiva que absorbió la mano de obra rural excedente, lo cual se aprecia en el crecimiento explosivo de fuerza de trabajo rural dedicada a actividades no agrícolas, desde 28 millones en 1978 a 176 millones en 2003, particularmente en las TVE. Y jugaron un rol central en el desarrollo económico, según Arrighi, dado que aumentaron la presión competitiva en numerosos mercados, obligando a apuntalar el rendimiento de cualquier otro tipo de empresa. A su vez, han sido una fuente importante de ingresos fiscales rurales,

⁶ Un dato significativo constituye que desde 1993 China recibió más ayuda de esta última institución que ningún otro país del mundo.

tendiendo a reinvertir las ganancias y rentas a nivel local, expandiendo el tamaño del mercado interno y creando condiciones para nuevas rondas de inversión, creación de empleo y división del trabajo.

En cuanto a las áreas urbanas, se avanzó en la desregulación estatal de ciertas funciones de control de precios y se dio mayor autonomía de gestión a las administraciones de las empresas públicas en cuanto a salarios e inversiones, otorgando mayor flexibilidad para contratar y despedir mano de obra. Todo ello con la rentabilidad como máximo objetivo. Se habilitaron incluso rondas de ventas de acciones de las empresas estatales para aumentar el capital para inversión. A su vez, la política educativa apostaba como prioridad a la formación de una élite cualificada para tomar las riendas de las políticas públicas bajo este nuevo signo, produciéndose un auge en esos años de estudiantes chinos yendo a formarse al mundo capitalista, en particular a EUA. Se volvió a reivindicar, a la par, el estatus de los intelectuales, desprestigiados durante la Revolución Cultural.

En fin, como consecuencia de todo este proceso de reformas, el crecimiento económico se disparó enormemente: si entre 1960-1973 la economía china creció a un 4,4% promedio anual, luego del '78 la media anual pasó a situarse en 9,5%, a la cabeza mundial. A la par, mientras que entre 1989-2001 la participación promedio de China en el PIB mundial se ubicaba en torno a un 4%, entre 2008-2016, luego de la crisis económica mundial que afectó particularmente a los países centrales, esa participación pasó a ubicarse en torno a un 10%, duplicando a EUA⁷.

Se puede observar que la estrategia de desarrollo china pos '78 fue orientada por las exportaciones, que pasaron de representar el 7% del PIB en ese año a un 31% en 2012, ubicándose desde 2010 como el principal país exportador de bienes del mundo⁸. Aunque señala Arrighi que este *boom* fue un episodio tardío del ascenso chino. Desde mediados de los '80 China fue el mayor receptor periférico de IED, lo cual jugó un rol clave en el despegue de sus exportaciones, particularmente en las de mayor contenido tecnológico. Si bien la disponibilidad de mano de obra barata fue importante para la inserción en el mercado mundial, su excepcional crecimiento económico no se explica por esa característica. Se aprecia en las últimas décadas una diversificación creciente de su oferta de bienes industriales y sus exportaciones, incrementando fuertemente sus capacidades tecnológicas, mediante aprendizaje de las ETN's primero, y mediante innovación propia en el último tiempo (ilustrando ello, el gasto estatal en I+D pasó de 0,8% del PIB a principios de los '90 a un 2,1% en 2015)⁹.

Como consecuencia de las reformas, a su vez, aparecen una creciente desigualdad y una pobreza persistente, como efectos de los patrones desiguales de desarrollo entre el campo y la ciudad. De esta manera, si bien la gran mayoría de la población vive bastante mejor que hace 30 años, la

⁷ Arceo, Enrique. "China, ¿el nuevo poder hegemónico?", *Realidad Económica*, N° 319, IADE, 2018, pp. 9-40.

⁸ Schteingart, Daniel. *Especialización productiva, capacidades tecnológicas y desarrollo económico: trayectorias nacionales comparadas y análisis del caso noruego desde mediados del siglo XX*. Tesis de Doctorado en Sociología (IDAES-UNSAM). 2017.

⁹ Está lejos, pues, de representar una mera economía de maquila de las grandes transnacionales occidentales.

pobreza afecta aún a millones de personas¹⁰. En cuanto a la desigualdad, el coeficiente de Gini creció de 0,30 durante los años '90 a 0,46 en 2006, y existen estimaciones que lo sitúan en torno a 0,60 en la actualidad¹¹. En este sentido, han surgido en las últimas décadas tanto una “clase marginal” (vagabundos, “población flotante”) producto de la migración rural hacia zonas urbanas que no logra ser contenida, como una clase capitalista vernácula, con la paradoja y contradicción de la aparición de grandes multimillonarios en una economía que se proclama socialista (en 2015 se registró un aumento del 70% de este fenómeno, de los cuales 25% al menos son miembros del PCCh). A su vez, ha habido un auge de fenómenos de corrupción estatal, “crisis de fe”, malestar y protestas internas, como en la masacre de Tiananmén de 1989 (protestas leídas por el gobierno como producto de estudiantes corrompidos por las influencias occidentales de su “falsa civilización”, materialista y consumista).

Interpretaciones sobre el carácter del régimen de acumulación chino

Existe un importante debate en la intelectualidad crítica contemporánea respecto de cómo caracterizar al régimen chino. Si éste se autodenomina como “socialismo de mercado”, con miras de construir un “socialismo con características chinas”, el debate gira en torno a si China puede ser considerada socialista o se asiste por el contrario a una restauración del capitalismo, y/o qué tipo de capitalismo estaría impulsando o configurando China.

En primer lugar y en términos teóricos generales, aborda Arrighi la diferenciación entre economía de mercado y capitalismo desde Adam Smith, siendo características de la primera la especialización y división del trabajo, determinadas por la extensión del mercado, mientras que el desarrollo capitalista presupone dos condiciones fundamentales: por un lado, que aquéllos que organizan la producción hayan perdido la capacidad de reproducirse y establecer su posición de clase fuera de la economía de mercado, y también la separación de los productores directos de los medios de producción. Esta última característica está lejos de estar plenamente establecida en China, según el autor, por lo cual la naturaleza de su desarrollo no es necesariamente capitalista.

Con afinidades con esa postura, señala Amin que afirmar en términos absolutos que China es capitalista o socialista no tiene sentido, sería demasiado general y abstracto. Dada la original vía de desarrollo seguido por China desde su revolución de 1949, bajo un proyecto soberano, se deben tomar en consideración ciertas particularidades para una correcta caracterización. Un rasgo fundamental es la propiedad de la tierra agrícola, que a diferencia de la revolución soviética no fue privatizada sino socializada y nacionalizada, concediéndose su uso a las familias campesinas, dando lugar a pequeña producción sin pequeña propiedad agraria, fenómeno relevante en el desempeño económico general. Si bien las reformas de Deng disolvieron las comunas, la pequeña población y producción familiar

¹⁰ Hacia 2018 el gobierno chino anunciaba que la tasa de pobreza había descendido del 10% en 2012 a 3% en 2017.

¹¹ Ríos, Xulio. “La influencia de China en el nuevo escenario mundial”, *Gaceta sindical: reflexión y debate*, N°. 26, 2016, pp. 275-288

campesina fue reforzada, sin llegar a la privatización. Esta especificidad china marca una diferencia importante con una economía capitalista según Amin, la cual implica la mercantilización de la tierra.

Afirma Amin que el régimen de acumulación chino es un capitalismo de Estado, dadas las relaciones de producción actuales de trabajo sumiso y alienado, y extracción de trabajo excedente, incluso bajo formas brutales de explotación extrema de los trabajadores. Aunque ese carácter no comenzó según el autor con Deng sino con el mismo Mao, dado que se trata de una fase preliminar para cualquier proceso revolucionario que se proponga el “largo camino hacia el socialismo/comunismo”. Existen diversos tipos de capitalismo de Estado, y el chino fue construido de acuerdo con tres grandes objetivos: a) construir un moderno sistema industrial integrado y soberano; b) gestionar la relación de ese sistema industrial con la pequeña producción rural; y c) controlar la integración de China en el sistema mundial, dominado por los monopolios de la tríada imperialista (Estados Unidos, Europa, Japón). Afirma el teórico egipcio que existe una paradoja en ello, dado que la consecución de esos tres objetivos permite tanto avanzar hacia el socialismo como hacia un desarrollo capitalista, puro y simple.

Con respecto al primer objetivo (a), se puede advertir un excepcional avance en las últimas décadas, representando para Amin un logro exclusivo en comparación con cualquier otro país periférico con pretensiones desarrollistas (a excepción de los excepcionales casos de Corea del Sur y Taiwán, ya señalados). Los logros de este capitalismo de Estado desde 1950 en cuanto a constituir un sistema productivo moderno, soberano e integrado, sólo son comparables con EUA. Resulta excepcional el logro de la urbanización industrial acelerada, controlada (o controlable) en el país más poblado del planeta: una población urbana que reúne en la actualidad a 600 millones de personas, dos tercios de los cuales se han urbanizado en las últimas dos décadas. En este sentido, el Plan, y no la apertura, ha seguido siendo el medio fundamental para este logro. Aunque no se ha emprendido (¿aún?) la reorganización del trabajo desde la perspectiva de la socialización de la gestión económica.

Según destaca Arceo, se aprecia una importante expansión de sectores capital intensivos y absorción de tecnologías avanzadas, bajo un muy relevante desarrollo científico-tecnológico propio en los últimos tiempos. Aunque los análisis oficiales dan cuenta del atraso relativo de ciertos sectores, y del carácter “grande pero débil” de su industria manufacturera¹². El autor coincide en la denominación de capitalismo de Estado, retomando las elaboraciones arrighianas para considerar que se trata de un régimen de signo muy distinto que el capitalismo financiarizado norteamericano y anglosajón en general. En el caso chino, es el Estado quien determina el ritmo y orientación del crecimiento, mediante planes quinquenales de planificación del desarrollo en que la lógica dominante es la expansión del capital productivo, con una burocracia de Estado eficiente y cualificada, y preservando la propiedad

¹² El plan de desarrollo industrial oficial (“Made in China 2025”) establece la meta de ser el país líder de los industrializados para 2050.

de medios de producción estratégicos (como el sector energético) y el control de una porción sustancial del sistema financiero. Si bien durante los '90 se asistió a una privatización y liberalización creciente, el sector público ha recobrado centralidad y sus ingresos representan un 40% del PIB en la actualidad.

Si bien entre 1990-2005 el gobierno chino ingresó en la globalización capitalista mediante una senda de desarrollo acelerado de las exportaciones de manufacturas, ante la crisis capitalista que comenzó en 2007 ese patrón de desarrollo entra en cuestión, por lo que las administraciones gubernamentales han comenzado a buscar un giro hacia un modelo más centrado en el mercado interno, la potenciación del desarrollo tecnológico endógeno, la generación de valor agregado local y el desarrollo del oeste chino. En ese sentido, producto del creciente poder adquisitivo de su población urbana, en fuerte aumento, en 2007 el consumo superó a la inversión, pasando a ser un gran consumidor mundial además de productor. La integración china en la globalización, no obstante, se ha mantenido parcial y controlada según Amin, manteniéndose al margen de la globalización financiera al controlar nacionalmente el sistema bancario y la moneda (yuan).

Por último, señala Arrighi en la no adscripción china a los parámetros neoliberales de sacrificar el bienestar de los trabajadores en pos de aumentar la rentabilidad. Si bien se han revertido parte de las medidas de protección social de la era maoísta, en la comparación con los países occidentales éstas siguen siendo importantes. Lo que no es claro según el análisis del autor es que la burguesía local emergente en la China continental haya logrado apoderarse del control de las altas esferas de la economía y la sociedad, algo que parecía plausible durante los años '90 bajo la administración de Jiang Zemin (secretario general del PCCh entre 1989 y 2002, y presidente entre 1993 y 2003) pero mucho menos bajo las administraciones posteriores de Hu Jintao (secretario general del PCCh 2002-2012 y presidente 2003-2013) y Wen Jiabao (primer ministro durante la presidencia de Hu). En torno a esta cuestión, señala Amin la existencia de una línea de derecha (afín a los intereses de esta clase social) y de izquierda (afín a las masas de trabajadores y campesinos) dentro del PCCh. Es un debate abierto en la actualidad el carácter de la política llevada adelante por el nuevo mandatario Xi Jinping.

Implicancias geoestratégicas del ascenso chino

Una cuestión fundamental que plantea el ascenso chino para el debate contemporáneo concierne al ordenamiento mundial, esto es, si China busca desplazar a EUA como potencia hegemónica del sistema-mundo, si puede lograrlo (a corto, mediano y/o largo plazo), o en términos más generales, cómo impacta ese ascenso en la configuración del orden mundial.

No hay dudas sobre los impactos de primer orden que produce el ascenso chino, dado que se trata, por un lado, del más rápido (y continuo) crecimiento económico del mundo en las últimas décadas, situándose en la actualidad como la mayor economía mundial medida por PPA (25.238.563

millones de dólares), y segunda si se mide por PIB nominal (u\$s 13.457.267 millones)¹³. Ello se produce, a su vez, en un país con descomunales magnitudes demográficas y territoriales (país más poblado del planeta, con casi 1400 millones de habitantes, y tercer país más extenso, luego de Rusia y Canadá, con una superficie de 9.596.960 km²) y que no es un “vasallo” estadounidense, sino que cuenta con su propio modo y estrategia de desarrollo soberano. Se pone en cuestión, de este modo, el orden mundial occidental, dado el traslado del “centro de gravedad” de la economía mundial (y, tendencialmente, podría decirse también del poder mundial) hacia Asia-Pacífico y Eurasia, para volver a centrarse allí dos siglos después de la Gran Divergencia de mediados de siglo XIX, en que las potencias europeas derrotaron y desmembraron a las potencias asiáticas china e india de aquellos tiempos, apalancados por la (primera) Revolución Industrial.

Atendiendo en primer lugar a la propia cosmovisión de las élites gobernantes chinas, aparece la doctrina del “ascenso pacífico”, transmutado luego como “desarrollo pacífico” o “coexistencia pacífica”, desde Deng a esta parte. Es gráfica en este sentido la frase de este último acerca de “no portar la bandera ni encabezar la ola” en referencia a una postura de prudencia, paciencia y modestia en cuanto al plano internacional. Lo mismo se puede advertir en los “cuatro noes” de Hu Jintao (“no a la hegemonía, no a la fuerza, no a los bloques, no a la carrera armamentística”) y los “cuatro síes” (“sí a generar confianza, reducir las dificultades, desarrollar la cooperación y evitar la confrontación”).

Afirma Ríos¹⁴ que el objetivo último de China es la recuperación de la grandeza perdida de su milenaria civilización, humillada por las agresiones externas padecidas, recuperando un discurso sinocentrista que ha connotado su devenir histórico a lo largo de los siglos. Allí se anuda el proyecto consistente en la creación de una “Gran China” que agrupe la China continental, Hong Kong, Macao, Taiwán y la propia diáspora, sobre la base de una civilización compartida y una interdependencia económica creciente. De ahí la política de Estado irrenunciable de “una sola China”. En esta dimensión civilizatoria juega un papel importante el confucianismo, vigente hasta la proclamación de la República en 1911 y recuperado en la etapa posmaoísta, filosofía que ha moldeado el poder y la sociedad china, representando en la actualidad la única civilización antigua que ha logrado sobrevivir. Debido a su “condición superior”, ella no se basa en el poder material sino en un conjunto de virtudes morales¹⁵.

El respeto a la soberanía y la seguridad nacionales son prioridades básicas para el gobierno chino. Según Ríos, China sigue apostando por los cinco principios formulados por Zhou Enlai en 1964: respeto mutuo a la soberanía e integridad territorial, no agresión, no intervención de un país en los asuntos internos de otro, igualdad y beneficio mutuo y coexistencia pacífica. Si en la etapa maoísta, de modo similar que en tiempos de los emperadores, se apostaba a una condición de práctica autarquía e

¹³ Datos tomados del World Economic Outlook Database 2018 del FMI.

¹⁴ Ríos Paredes, Xulio. “China: poder y civilización en el siglo XXI”, *Cuadernos de estrategia*, N° 151, 2011, pp. 47-79.

¹⁵ Lo cual se podría traducir a primacía del *soft power* en lugar de *hard power*, en términos geopolíticos actuales, desde Nye.

independencia, con la integración en la globalización capitalista desde los '80 y '90 se ha aceptado la interdependencia, aprovechándola y considerándola un “colchón moderador” de las tensiones globales. En la actualidad, bajo el liderazgo de Xi Jinping, se aprecia una insistencia en la defensa de la diversidad y el diálogo entre civilizaciones, en base al aprendizaje mutuo y la tolerancia como claves, en pos de la solución política de los conflictos y no por vía militar. Un postulado importante de esta administración es el concepto de “comunidad de destino común”, que toma la interdependencia que conlleva la globalización como inevitable, a la par que promueve una cooperación internacional de apertura e inclusividad, con eje en el desarrollo sostenible, según sus discursos.

Es en esta visión de la seguridad que aparece la importancia concedida a Rusia y la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS), creada en 1996 por ambos países junto con Kazajistán, Tayikistán y Kirguizistán, uniéndose en 2001 Uzbekistán y luego India y Pakistán en 2016¹⁶. La OCS aparece como la institución emergente fundamental destinada a las cuestiones de seguridad para China y Rusia en la actualidad, lo cual se aprecia desde las fuerzas dominantes en Occidente como el intento de crear una OTAN paralela liderada por China. La alianza estratégica China-Rusia ha tomado creciente envergadura en los últimos años, producto de la crisis y transición del orden mundial, acelerándose los acuerdos por constituir un nuevo eje de poder alternativo con núcleo en el continente euroasiático, agudizando la situación de multipolaridad relativa. Estos países presentan una complementariedad fundamental: Rusia es una potencia energética (principalmente hidrocarburífera, en particular en cuanto a gas natural) que puede proveer en forma segura la energía que China necesita para consolidarse como principal plataforma industrial del mundo¹⁷.

Por otro lado, a pesar de los “cuatro noes” de Hu, China ha avanzado con una diversidad de bloques económicos y políticos, como su apuesta regional por integrar los países de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático a través del Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico, fortaleciendo esta apuesta en particular a raíz de la ofensiva de la administración estadounidense de Obama por constituir el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica, concebido para apuntalar la presencia norteamericana en el nuevo motor de la economía mundial, buscando contrarrestar el creciente peso chino en su continente y zona de más inmediata influencia. También aparece el estratégico bloque, ya no a nivel regional sino mundial, del BRICS (Brasil, Rusia, India, China, Sudáfrica), que impulsa un reordenamiento policéntrico y multipolar del orden mundial, y que en 2014 lanzó dos instrumentos multilaterales de crédito e inversiones, como arquitectura financiera alternativa a la occidental (FMI y BM): el Nuevo Banco de Desarrollo (o Banco de los BRICS) y el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura (BAII). Éste último, de gran relevancia para financiar el estratégico

¹⁶ Figuran como observadores Irán, Afganistán, Bielorrusia y Mongolia, y posibles futuros miembros Serbia, Birmania, Corea del Norte.

¹⁷ Merino, Gabriel. “Tensiones mundiales, multipolaridad relativa y bloques de poder en una nueva fase de la crisis del orden mundial. Perspectivas de América Latina”, *Geopolítica(s): revista de estudios sobre espacio y poder*, vol. 2, núm. 7, UCM, 2016, p. 201-225.

proyecto chino “Un cinturón, un camino”, conocido también como “Nueva Ruta de la Seda” o BRI en inglés (Belt and Road Initiative), megaproyecto de interconexión euroasiática (y con proyecciones de incorporar incluso otros continentes como África e incluso América Latina) para potenciar el comercio mundial, por vía terrestre, marítima e incluso digital¹⁸. Aunque desde 2016 ha menguado la pujanza del BRICS, a raíz de los cambios de gobierno en Brasil y Sudáfrica, y el acercamiento de India hacia Japón y EUA, por lo cual el eje China-Rusia aparece como el centro impulsor de tales proyectos.

A su vez, también a pesar de los “cuatro noes” de Hu, el presupuesto militar chino ha venido incrementándose progresivamente en los últimos años, por encima del crecimiento del PIB incluso, ubicándose en la actualidad como segundo presupuesto militar a nivel mundial, aunque muy por debajo aún del de EUA. Este poderío militar es clave para sus conflictos geoestratégicos en la zona del mar de China, los cuales se han agudizado en los últimos años, una zona esencial para la economía asiática: un tercio de los buques del mundo navegan por sus aguas y cuenta con enormes reservas de petróleo y gas. Los Estados que bordean la zona (Brunéi, Malasia, Filipinas, Taiwán y Vietnam) pelean por sus derechos a esos recursos y por el posicionamiento geoestratégico en el área, apoyados por EUA.

Pasando de la arista geopolítica a la económica, se ha señalado que la estrategia china centrada en el megaproyecto de NRS (o BRI) busca relanzar el proceso de acumulación del capital por vía keynesiana y con eje en la economía real, ante la crisis profunda de la economía mundial financiarizada angloamericana. La inversión de infraestructura, eje fundamental de tal proyecto, y del BAI que lo financiará, representa una “solución espacio-temporal” en términos de Harvey¹⁹ a la crisis de sobreacumulación capitalista contemporánea, ante la financiarización que indica el apogeo del ciclo sistémico de acumulación con hegemonía estadounidense. Aunque es todo un debate cómo se producirá y devendrá la transición histórico-espacial en curso.

Un papel similar en cuanto a relanzar el proceso de acumulación global juega la cuestión de la Cuarta Revolución Industrial en curso, centrada en la inteligencia artificial, Big Data, internet de las cosas y robótica, entre otras. La política china encuentra en ello un eje central, dirigiendo el grueso de su política industrial en pos de comandar mundialmente ese salto en el paradigma tecnológico dominante. A la par, en la dimensión por demás relevante de la guerra de monedas, aparece la apuesta china por la internacionalización del yuan, cuarta divisa en cuanto a uso del comercio internacional, en pos de colocarlo como nueva moneda de reserva internacional por delante del dólar. En ese sentido es que en 2016, luego de años de posponer esa decisión, el FMI debió incluirla en el círculo cerrado de monedas de referencia de la institución, situándola en tercer lugar (11% de peso relativo en esa cesta de monedas), por debajo del euro (31%) y el dólar (42%) y por encima del yen (8%) y la libra

¹⁸ Staiano, María Francesca; Bogado Bordazar, Laura y Caubet, Matías (compiladores). *China : una nueva estrategia geopolítica global: la iniciativa la Franja y la Ruta*. La Plata: UNLP. Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, 2019.

¹⁹ Harvey, David. “El ‘nuevo’ imperialismo. Sobre reajustes espacio-temporales y acumulación mediante desposesión”, *Revista Herramienta*, 27, Buenos Aires.

esterlina (8%). En este plano financiero, cabe destacar la conexión y autorización de inversiones cruzadas de las bolsas de Shanghái y Hong Kong en 2014, un paso más en la apertura del mercado de capitales chino, sentando las bases para constituir la tercera bolsa del mundo.

Por último, con respecto a la pregunta por la potencial nueva hegemonía mundial, cabe recuperar como marco general de la situación internacional la lectura de Arrighi referente a la condición de dominación sin hegemonía que presenta EUA a nivel mundial, en particular a raíz del Proyecto para un Nuevo Siglo Americano de los neoconservadores bajo la administración Bush, que se vio derrotada en las guerras de Afganistán e Irak, al no poder imponer el orden interno deseado en esos países, y no contar con el respaldo y acompañamiento del resto de las potencias. Así, el desarrollo de la potencia dominante ya no conlleva el desarrollo (subordinado) mediante concesiones al resto de los actores importantes del orden mundial.

Con atención a ese interrogante, interpreta Ríos que si bien es creciente la influencia global china, y ello cuestiona la hegemonía occidental, China no aspira a desempeñar un papel hegemónico (tanto por razones conceptuales como por incapacidad) sino a ser considerado un “país importante”, sin interés en exportar su modelo de desarrollo ni de emular la “vocación mesiánica” propia de Occidente. Se advierte, sí, un papel muy importante en la alianza estratégica China-Rusia como nuevo eje de poder mundial, cada cual en tanto polo de poder propio (ambos de escala continental y gran proyección, aunque Rusia se recupera aún de su involución periférica de los años '90 bajo Yeltsin). A su vez, dado el actual umbral de poder mundial, de escala planetaria, producto de la globalización transnacional capitalista, China no está en condiciones de situarse como nuevo poder hegemónico por sí misma, sino que le es imprescindible la articulación de carácter multipolar vía BRICS e instrumentos afines, incorporando otros bloques regionales y polos de poder mundial que acompañen tal propuesta²⁰.

Reflexiones finales

Según se ha desarrollado en este trabajo, el sendero de desarrollo chino da cuenta de un proyecto soberano de particularidades nacionales desde su revolución comunista de 1949. Desplegado este sendero primero bajo una concepción de fuerte planificación centralizada y pretensiones de autarquía durante la etapa maoísta, y bajo una concepción de apertura y liberalización desde 1978, aunque preservando la dirección estatal del desarrollo económico. Los impresionantes logros económicos, sociales, educativos, en materia de salud, entre otras cuestiones, son particularmente excepcionales por tratarse del país más poblado del planeta, de enorme extensión territorial y con un pueblo padeciente de gran pobreza previo a la revolución. Representa en ello el caso más exitoso de

²⁰ Dierckxsens, Wim; Formento, Walter; Bilmes, Julián; Barrenengoa, Amanda; Del Negro, Leonel y Schulz, Sebastián. *La crisis mundial. Continentalismos, globalismo y pluriversalismo*. Buenos Aires: Fabro. 2018.

desarrollo soberano por parte de una nación periférica en el sistema-mundo moderno capitalista²¹, para pasar a ubicarse (o tender hacia allí) en el grupo de países centrales, desarrollados y de mayor nivel de vida. Presenta importantes lecciones, entonces, para estrategias de desarrollo soberano de otras naciones periféricas, en cuanto al rol del Estado en la orientación del desarrollo, la articulación, disciplinamiento y negociación con el capital extranjero en función de sus aportes en materia de inversión y *know-how*, y una diversidad de instrumentos y políticas para motorizar el desarrollo.

A su vez, ante un sistema-mundo en descomposición, dada la crisis de sobreacumulación y de hegemonía cuyas primeras manifestaciones se advierten ya desde los años '70 del siglo pasado, y se recrudece entrado el siglo XXI, el ascenso chino abre interrogantes fundamentales para proyectar el mundo a que dará lugar este siglo. Resulta sugerente la proyección de un escenario en que el nuevo liderazgo mundial deba asumir la forma de una alianza de múltiples Estados continentales, en tanto comunidad de civilizaciones, en pos de configurar un nuevo sistema mundial²². Lo cual encuentra condiciones de posibilidad ante la segunda oleada del despertar de naciones y pueblos del Sur al que asistimos. Aparece la posibilidad, creciente en la lectura de cierta intelectualidad crítica contemporánea, de la recreación de un nuevo Bandung, como alianza civilizacional de las naciones del Sur global, ya no con fundamentos estrictamente político-ideológicos sino principalmente económicos, y por ende más sólidos²³. Los parámetros civilizatorios occidentales de desarrollo se encuentran hoy día en crisis, dada la insostenibilidad ecológica del actual modo de producción dominante. El rol que jugará China en cuanto a su modo y estrategia de desarrollo, así como en la reconfiguración del orden mundial, y bajo qué parámetros y concepciones se dará ello, constituyen cuestiones de primer orden para el futuro de la humanidad.

²¹ Si bien la experiencia de la URSS también dio cuenta de logros extraordinarios en ese sentido, su proceso histórico concluyó trágicamente, en crisis, resquebrajada y disolviéndose.

²² Quintanar, Silvia. "El ascenso de China y los teóricos del sistema-mundo. Sus interrogantes y perspectivas", *Revista de Estudios Sociales Contemporáneos* n° 14, IMESC-IDEHESI/Conicet, Universidad Nacional De Cuyo, 2016, pp. 27-46.

²³ AA.VV. *60 años después. Vigencia del espíritu de Bandung*, revista de la Agencia Latinoamericana de Información, 504, mayo 2015.